

tigos de la actividad inquebrantable y jamás desmentida que era la bandera en todos los actos de su vida, siempre en beneficio de los hombres, siempre en beneficio de la sociedad. Sería en vano que el acento de mi voz quisiera apreciar su importancia filosófica y social; para vosotros, basta que mis labios pronuncien el nombre inmortal del Dr. Lauro María Jimenez.

Apoyada en su brillante inteligencia la poderosa palanca de su robusta instrucción, guiada de su corazón por el afecto, era la savia nutritiva de la juventud de Medicina, era el arma indestructible del valiente soldado del progreso en el campo de la ciencia, pronto para arrostrar los innumerables sufrimientos de los hijos de Hipócrates, y recibir en cambio la inmarcesible corona, cuya primera hoja es nuestra tierna despedida.

Lloramos con tanta amargura esta irreparable pérdida, ya porque nos unian á él los sublimes lazos de una firme amistad; ya porque de muy cerca seguíamos sus pasos, admirando siempre el temple de su alma, que con fé poderosa y firmísimo valor seguía siempre adelante, venciendo los obstáculos, y haciendo con sus despojos el puente que guiaría á la juventud al porvenir.

Siempre en sus labios la sonrisa y en su pecho la satisfacción, derramaba por todas partes, ya las perfumadas flores de la experiencia del hombre, ya los sazoados frutos del sacerdocio del médico, ya las exquisitas semillas del saber profundo. . . . Mas ¡ay! esto era ayer, cuando entre el aplauso de todos tocaba el zenit de su grandeza; pero hoy, todo acabó; en el templo sagrado de la ciencia está un lugar vacío, y más allá, en su tranquilo hogar, la sombra del infortunio envuelve en su crespon, esos seres que su bello conjunto constituyen la familia.

Su paso hácia la tumba descorrió el velo de su grandeza. Su recuerdo en nuestros corazones queda cubierto con la luz de la gloria y el perfume de la gratitud. Su nombre pasará á ocupar un sitio de predilección en el templo de la inmortalidad.

México, Abril 29 de 1875.

L. E. Ruiz.

EL lamentable acontecimiento que nos reúne aquí, es la pérdida para las Sociedades científicas de uno de sus miembros más ilustres. La Sociedad Filoiátrica, luchando con las actuales circunstancias, viene, sin embargo, con cariño y respeto á cumplir con un deber sagrado que se impuso para con sus socios.

El Sr. Jimenez ha muerto, pero dejándonos un legado que debemos apresurarnos á recoger: «La ciencia para las Academias, y la Sociedad Filoiátrica para sus socios.»

Se saben los conocimientos profundos del Sr. Jimenez sobre Historia Natural, y lo que abarcaba su inteligencia sobre la Medicina; pero se ignoran sus trabajos en nuestra Sociedad.

«Ciencia y caridad.» Empresa bastante árdua; pero confesemos con orgullo que supe realizarla.

Los hechos nos demuestran que nunca se apagó en su mente esa llama vivificadora que derramaba la caridad bendita y la ciencia que eleva y ennoblece.

El Sr. Jimenez no solamente presidia nuestra Sociedad, sino que fué el amigo indulgente de todos los alumnos de la Escuela de Medicina, y las personas que se encontraron en los momentos supremos de la miseria ó de la muerte, hallaron al padre que consuela y que cumple con los deberes sagrados de la humanidad.

Los alumnos socorridos y las familias de los que ya no existen, deben tener en su corazon un santuario para el que fué bastante noble para impartirles un socorro ó para encontrarles un pedazo de tierra en donde reposar.—DICE.

J. RAMIREZ.



POR LA ACADEMIA DE MEDICINA.

SEÑORES:

HÚMEDOS aún nuestros ojos por las lágrimas que nos arrancara la pérdida nunca bien sentida de nuestro malogrado compañero Francisco Brassetti, la implacable muerte viene á herirnos de nuevo, arrebatando de nuestro lado á uno de nuestros más laboriosos y estimables colegas, al Sr. D. Lauro Jimenez, cuyo entusiasmo por el progreso de las ciencias médicas en México solo puede comprender quien haya visto de